

HASTA EL ÚLTIMO HOMBRE
ZANE GREY



PRÓLOGO

Estaba escrito que en el camino de mi afán por escribir la historia romántica del gran Oeste habría de tropezar por último con la leyenda de una contienda sangrienta. Largo tiempo he evitado escollos, mas al fin he llegado a él y he de vencerlo impulsado por mi deseo de hacer la crónica de los eventos emocionantes de la época de la colonización.

Aun hoy es imposible viajar por los remotos rincones del Oeste sin advertir en el ambiente de la vida de sus moradores las huellas de un pretérito lleno de luchas. ¿Cómo ha de ser posible relatar la verdad sobre la colonización del Oeste dejando aparte las luchas, las peleas, el vertimiento de sangre humana? Eso sería imposible. ¿Cómo puede una novela ser emocionante como aquella agitada época si no contiene hechos de verdadera sensación? Los largos años de mi labor los he dedicado por entero a hacer que mis narraciones respiren la época que describen. Yo he amado el Oeste por su inmensidad, por sus contrastes, por sus bellezas, por su abigarrada vida, por su selvaticidad y su violencia, y también por el hecho de haber visto que el Oeste ha creado grandes hombres y mujeres que murieron ignorados, sin que poeta alguno cantara su loor.

En esta época de materialismo, en nuestro siglo de realismo práctico, vivo, afanoso, no hay, al parecer, lugar para el poeta romántico, no hay sitio siquiera para el romanticismo. Durante muchos años, los acontecimientos que llevaron a la guerra mundial fueron realistas, la misma guerra fue de un horrendo realismo y los resultados de ella en nada han variado las cosas. Romanticismo no es sino otro nombre por idealismo, y sostengo que una vida sin ideales no vale la pena ser vivida. Nunca en la historia de la humanidad han sido tan necesarios como ahora los ideales. Walter Scott escribió romanticismo; lo mismo hizo Víctor Hugo, y también Kipling, Hawthorne, Stevenson.

Sobre todo, este último blandió la espada contra los realistas. Viven las gentes por el ensueño que hay en su corazón. Y aún he de encontrar al hombre que no tenga un anhelo secreto, una esperanza, por borrosa que sea, una ventana pintada que da sobre el alma. Mas al oírlos hablar, al leer lo que escriben, diríase que su vida no contiene nada significativa. Y, sin embargo, aman, esperan, sueñan, luchan debatiéndose con el ensueño en su corazón lo mismo que todos. Porque todos somos soñadores, no porque malgastemos el tiempo soñando con los ojos entornados, sino por lo que respecta a la significación de la vida que nos hace continuar trabajando.

Fue Wordsworth quien escribió: «El mundo está demasiado con nosotros», y si yo pudiera decir en pocas palabras el secreto de mi ambición como novelista, esa cita la contendría. Mi inspiración para escribir, siempre ha tenido por origen la Naturaleza. Los caracteres y los acontecimientos están subordinados al ambiente. En todo lo que he hecho, he tratado de que la gente vea que el mundo está demasiado con ellos. Quebrantan sus fuerzas acumulando y gastando, sin respirar jamás la libre y maravillosa vida de los grandes espacios abiertos.

Vuelvo al punto esencial de este prólogo, en el que deseo relatar por qué y cómo ha sido que yo escribiera la historia de una contienda que es famosa en Arizona con el nombre de la guerra de Pleasant Valley.

Hace algunos años me dijo Harry Adams, rico ganadero de Vermajo-Park, del Estado de Nuevo Méjico, que había estado en la Cuenca del Tonto y que era de la opinión que yo podría hallar allí material muy interesante acerca de la guerra de Pleasant Valley. Su relato sobre esta contienda entre los propietarios de ganado vacuno y los de ganado ovejuno despertó en mí la decisión de estudiar el asunto más a fondo. Mi viejo guía Al Doyle, de Flagstaff, hábame conducido por casi toda Arizona, mas nunca me llevó a aquella maravillosa y abrupta cuenca selvática que se extiende entre la meseta Mogollón y los montes Mazatzals. Doyle había vivido mucho tiempo en la Frontera y su relato acerca de la guerra de Pleasant Valley difería de un modo notable del informe del señor Adams. Hice indagaciones acerca de

otros sobrevivientes de la época y lo que me dijeron despertó aún más mi curiosidad.

Doyle y yo hallamos en aquella cuenca la región más selvática, más abrupta y más notable que habíamos visto; los pocos habitantes de ella eran como el paisaje. Fingí que me llevaba allí mi afición a la caza de osos, jaguares y pavos silvestres, mas la verdadera caza era para mí la historia de la guerra de Pleasant Valley. Contraté los servicios de un cazador de osos que tenía tres hijos fornidos, todos hombres tan orgullosos, raros y reservados como aquél. A muchas millas en derredor de su cabaña de troncos no se distinguían huellas de ninguna clase de vehículos. Pasé dos meses maravillosos en aquellos bosques, dedicándome a la caza y a admirar la belleza y la magnitud de la región Rim Rock, mas, al marcharme, sabía tanto de la guerra de Pleasant Valley como antes. Aquellos tejanos y sus contados vecinos, del Estado de Tejas como ellos, no habían querido hablar. Sin embargo, todo lo que vi y sentí aumentó mi entusiasmo. Aquella excursión fue en otoño del año 1918.

Al año siguiente volví a salir con los mejores caballos, el mejor equipo y los mejores hombres que Doyle pudo hallar. Y esta vez no hice ninguna pregunta. Pero cabalgué -utilizando a veces caballos que eran demasiado salvajes para mí- con el fusil a mano recorriendo muchos cientos de millas, con frecuencia treinta y hasta cuarenta en un día; bajé a profundísimos cañones pegándome desesperadamente a los talones de alguno de aquellos tejanos de piernas largas. Llegué a conocer a fondo la vida de los habitantes de las alejadas selvas, mas nada supe de la historia de la guerra de Pleasant Valley. No obstante, habíame ganado la amistad de aquellos hombres duros.

En el año 1920 volví con un equipo aún mayor, dispuesto a quedarme allí tanto tiempo, como conviniese. Y esta vez, sin preguntar nada, visitáronme diversos habitantes del Tonto y me hablaron de la guerra de Pleasant Valley. No había dos que estuviesen de acuerdo en los detalles, excepto en que, de la épica lucha, sobrevivió sólo uno de los participantes activos. De aquí el título de mi obra: Hasta el último hombre. De este modo me vi inundado con un

cúmulo de materiales del que sólo con grandes esfuerzos y firme decisión he podido sacar mi propia conclusión. Algunas de las historias que me contaron son muy seductoras para un novelista; mas aunque doy por verídica su esencia, son tan inverosímiles, que no me atrevo a presentarlas a un público que no tiene la menor noción de la selvaticidad de los hombres selváticos de una época selvática. Hubo realmente una contienda sangrienta, horrible, tal vez la más mortífera y la más ignorada de todas en los anales del Oeste. He visto su escenario, las cabañas, las tumbas, hoscas pruebas de lo que sucedió.

Jamás he sabido la verdadera causa de la guerra de Pleasant Valley, y si se hallaba entre lo que me contaron, no he podido reconocerla; pues todos los motivos aducidos por mis informadores parecían igualmente plausibles y convincentes. Es extraño, mas es cierto, que en la Cuenca del Tonto sigue imperando cierta reserva y reticencia con respecto a los detalles exactos de tal contienda. Muchos descendientes de los que perecieron en ella viven aún, pero a nadie le gusta hablar de ello. Sin duda alguna, muchos de los hechos que me contaron se produjeron de veras, como por ejemplo el horrible episodio de las dos mujeres que, a la vista de sus implacables enemigos, salvaron los cadáveres de sus maridos del horrible destino de ser devorados por los puercos salvajes. Baste decir que esta historia romántica corresponde al concepto que tengo de esa contienda y que mi opinión se basa en el escenario que llegué a conocer y a amar tanto, así como en las singulares pasiones de aquellos seres primitivos y en mi instintiva impresionabilidad respecto a los hechos y rumores que he reunido.

Zane Grey

Avalón, California, abril 1921.

I

Tras un día de incesante cabalgar ladera arriba, a través de un terreno árido, polvoriento y abrupto, Juan Isbel se apeó de su caballo para acampar en la linde de un bosque de cedros junto a un barranco roqueño rodeado de sauces y álamos, donde estaba seguro de hallar agua y hierba.

Las bestias estaban cansinas, sobre todo la acémila, que había llevado pesada carga, y con un relincho de alivio tumbáronse al suelo para revolcarse en el polvo. El mismo Juan experimentó cierto alivio al quitarse los zahones. No estaba acostumbrado a las jornadas calurosas, deslumbrantes y polvorientas de la región del desierto. Se echó cuan largo era junto al diminuto arroyo de agua cristalina y bebió para calmar la ardiente sed que sentía. El agua era fresca, mas tenía un gusto ácido, un sabor amargo, alcalino, que le repugnaba. Desde que saliera del Estado de Oregón no había gustado agua fresca, clara y dulce, y lo echaba de menos, lo mismo que añoraba los majestuosos y umbríos bosques que tanto llegara a amar. Aquella selvática e interminable Arizona parecía muy adecuada para provocar el odio.

Al tiempo de terminar las tareas de campamento, hablase hecho de noche y los coyotes empezaban a ladrar. Juan escuchó los ladridos de las fieras y el quejido del viento fresco en los cedros con la satisfacción de quien está familiarizado con las selvas. La fogata ardía chisporroteante y el olor de la madera quemada era nuevo y agradable para el viajero.

-Tal vez llegue a encariñarme con Arizona -musitó Juan-. Aunque prefiero oír el ruido de cascadas y el verdor de los bosques de Oregón. Debe de ser la sangre india que corre por mis venas... De todos modos, papá me necesita y me parece que habré de quedarme en esta región para siempre.

Echó Juan algunos trozos más de leña de cedro en la fogata y a su viva luz sacó la carta de su padre, esperando que al leerla otra vez lograría penetrar más en el oculto sentido de sus palabras. La carta había tardado dos meses en llegar a sus manos. Escrita a lápiz en una hoja arrancada de un viejo libro de cuentas, la mala letra dificultaba más su lectura.

-La letra de papá siempre ha sido mala, pero jamás me ha parecido tan temblorosa -dijo Juan dando voz a sus pensamientos.

Valle Herboso, Arizona.

» *Hijo mío, Juan: Vuelve ya a casa. Aquí está tu casa y aquí te necesitamos. Cuando nos marchamos de Oregón, creímos todos que no tardarías en seguirnos. Yo me estoy ya volviendo viejo, y tú, al fin y al cabo, siempre has sido de mis hijos el más fuerte. Tu carácter te hace parejo con los bosques. Tú tiras a tu madre, y tus hermanos Bill y Guy w mí. Es la mezcla de la raza blanca con los indios. Tú tienes la parte de los pieles rojas, Juan, y al indio es al que creo voy a necesitar mucho. Soy rico en ganado vacuno y caballar. Y el terreno de pastos que tengo es el mejor que he conocido en todos los días de mi vida. Últimamente hemos tenido pérdidas en el ganado, mas esto no es todo lo que sucede ni tiene gran importancia. Los ovejeros han invadido la región del Tonto y llevan su ganado Valle Herboso abajo. Pero los vaqueros y los ovejeros no pueden nunca estar juntos en este país, por lo que barrunto que se preparan malos tiempos. Creo que yo, más que otros, tengo motivos para preocuparme y para desear tu ayuda, aunque es preciso que esperes a saberlos hasta que estés aquí y pueda contártelos personalmente. Deja todo lo que tengas y hagas en ésa y ponte inmediatamente en camino a fin de que estés aquí en primavera. Te ruego también te traigas algunos revólveres y rifles y todas las municiones que puedas. Escóndelo todo muy bien en tus alforjas. Si encuentras a alguien cuando bajas a la región nuestra, escucha más que hables. Y que no haya nada que te detenga en Oregón. Si tienes novia, como supongo que tendrás, tráetela aquí. Con cariño de tu padre.*

GASTÓN ISBEL.»

Juan volvió a meditar sobre aquella carta, que, dado el recuerdo que guardaba de su padre, siempre tan valiente y con una absoluta confianza en sí mismo, había sido para él una gran sorpresa. Durante las largas semanas de viaje no había podido aún descubrir lo que se leía entre líneas.

-Sí, papá se vuelve viejo -se dijo Juan, un poco triste y compasivo-. Ya debe de tener más de sesenta años, aunque no tenía aspecto de viejo... De modo que ahora es rico y pierde ganado y por añadidura los ovejeros parece que invaden sus terrenos. Estoy seguro que a papá no le importaría el robo del ganado vacuno; lo que no tolerará nunca es que los ovejeros le quiten el sitio.

La emoción de Juan convirtiéndose en fría serenidad, como había sucedido siempre después de leer aquella carta singular de su padre. Por sus venas parecía circular una corriente oscura y plena, y a veces sentía su calor e ímpetu. Tal sensación le intranquilizaba, dándole la conciencia de otro ser más hondo, más fuerte en él y que formaba contraste con su naturaleza soñadora y despreocupada. Ningún lazo habíale retenido en el Estado de Oregón, a no ser su amor por los grandes y silenciosos bosques y los estruendosos ríos, y este amor pertenecía a su naturaleza soñadora. No había sido fácil arrancarse de aquellos adorados bosques, y durante todo el camino-con el barco a lo largo de la costa hasta llegar a San Diego, desde aquí en diligencia por la Sierra Madre y por fin a caballo la última etapa había advertido que el ser dulce y apacible en él retrocedía y que el otro ser oscuro y hosco empezaba a dominarle con sus amenazadoras posibilidades.

La acre fragancia de la artemisa y de los cedros llegaba a él mezclada con el humo de la fogata; Juan se arropó mejor con las mantas y todo a su alrededor parecía dispuesto a rendir su voluntad sumiéndole en el sueño.

Al amanecer se desembarazó de las mantas, se puso las botas y empezó el día con maravilloso afán para el trabajo que le había de acercar al añorado porvenir. La blanca y crujiente escarcha y el aire frío y cortante impulsábanle a la acción, recordándole otras mañanas iguales de las tierras altas de Oregón, aunque no eran del todo semejantes. Sentía una hilaridad como si hubiese bebido vino fuerte y dulce. Su caballo y la mula habíanse repuesto durante la noche, refrescados por la hierba y el agua de aquel delicioso barranco. Juan montó a caballo y penetró en el bosque de cedros con la alegría de haber dejado al fin atrás las interminables leguas de áridas tierras.

La senda que recorría parecía poco frecuentada. Había de llevarle, según las escasas informaciones que pudo obtener en el camino, directamente al llamado Rim¹, desde el cual veíase el Valle Herboso en lo hondo de la enorme cuenca. La subida del terreno era tan suave, que sólo era posible advertir la pendiente en las fajas anchas y libres de obstáculos. En cambio, el carácter de las plantas demostraba a Juan que gradualmente iba ascendiendo. Tras los pocos cedros achaparrados y secos venían otros de abundante verdor, árboles frondosos y altos, aumentando la espesura cuanto más subía; en los calveros crecía exuberante la artemisa y la hierba. Más arriba aún, estaban los pinos piñoneros y entre ellos el enebro pinto. Juan saludó con alegría el primer abeto, dando un golpe en la corteza pardusca y surcada. Era un abeto enano, que sólo a duras penas medraba en aquel suelo. El abeto siguiente ya era más alto y poco después alcanzó Juan un grupo compacto de ellos, hasta que al fin llegó al corazón del bosque. El olor de las agujas del abeto mezclábase a otras fragancias que llenaban el aire seco. Las matas eran escasas, excepto en los barrancos húmedos, y el suelo de los calveros estaba cubierto de hierba blanquecina y seca. Juan buscaba ávidamente alguna ardilla, algún pájaro o ciervo que animase aquel lugar, mas no los halló en ninguna parte. El bosque era de una extrema sequedad y no vivía nadie en él. Hacia el mediodía descansó el viajero junto a un charco de agua, poco hondo, procedente tal vez de nieve fundida, y abrevó sus animales. En el fango vio algunas huellas de venado y otras de algún pájaro grande, desconocidas para él. Juan se dijo que debían de ser las huellas de los pavos silvestres.

Junto al charco, la vereda se bifurcaba, y Juan no sabía cuál de las dos nuevas sendas seguir. Con un «tanto importa» se acercó a su caballo para montarlo cuando vio que el animal enderezaba las orejas, volviendo los ojos hacia atrás. Juan oyó a poco el ruido de cascos de caballo y luego vio a un jinete.

El joven hizo como si quisiera apretar las canchas de la silla, para espiar por encima del lomo del caballo al desconocido que se acercaba. Tratábase de un hombre alto y flaco, muy erguido en la silla, y que llevaba un enorme sombrero negro y un pañuelo rojo, sucio, al cuello. Aproximábase a paso lento y se detuvo a poca distancia de Juan.

-Hola, forastero -dijo secamente.

-Hola -respondió Juan comprendiendo por instinto que aquel encuentro era significativo.

Los ojos de aquel hombre mirábanle de hito en hito, a él y a su equipaje. Su rostro era terroso; atezado, de facciones duras y secas; un enorme bigote rubio ocultábale la boca y sus ojos eran penetrantes. Todo su aspecto atestiguaba en él las duras experiencias de la vida del Oeste, aunque, por su edad, no era viejo. Al apearse vio Juan que el desconocido era aún más alto que la generalidad de los nativos de Arizona.

¹ El borde.

-Más abajo he encontrado sus huellas -dijo, arreglando el freno del caballo para que éste pudiese beber-. ¿Adónde va?

-Me parece que ando un poco perdido. No conozco esta región.

-Así debe ser. Se ve por sus huellas y su último campamento. ¿Adónde iba usted, antes de perderse?

La pregunta fue hecha en voz seca y cauta; Juan advirtió la carencia absoluta de bondad o de sentimientos amistosos.

-Al Valle Herboso. Soy Isbel - respondió lacónicamente.

El jinete desconocido ocupóse en su caballo, al que volvió a poner el bocado; luego subió a la silla de una zancada de sus largas piernas.

-Me figuraba que sería usted Juan Isbel -dijo-. Todos en el Tonto hemos oído que el viejo Gass Isbel ha mandado buscar a su hijo.

-¿Por qué me lo ha preguntado, pues? -le interrogó Juan con franqueza.

-Quería ver qué diría.

-¿Ah, sí? Bueno, bueno. De todos modos, poco me importa lo que usted pueda decir.

Sus miradas se cruzaron y los dos se midieron en muda lucha de inteligencia.

-Claro, hombre, claro - repuso el jinete hablando con voz pausada. Los movimientos de sus manos morenas liando un cigarrillo eran tan lentos como su voz -. Mas siendo usted uno de los Isbel, diré lo que tengo que decir, le guste o no. Soy Colter y pertenezco a los ovejeros con los que Gass Isbel está enojado.

-Colter, muy bien; me alegro de conocerlo -contestó Juan-. Y me parece que quien enoja a mi padre, me enoja a mí.

-¡Naturalmente! De lo contrario, dejaría usted de llamarse Isbel -repuso Colter con acerba risita- No es difícil ver que aún no ha tropezado usted con nadie de la Cuenca del Tonto. Sólo quiero decirle que su padre ha estado charlando como una mujer en Valle Herboso. Se ufana de lo bien que sabe usted pelear, de su seguridad en los tiros, de su destreza en seguir las huellas de hombres y animales. Se ufana de que usted va a desterrar de nuevo' al Rim a todos los ovejeros... Y eso se lo digo para que sepa cómo estamos. Porque nosotros queremos criar ganado ovejuno en el Valle Herboso.

- Ah! ¿Quiénes son «nosotros» ? -preguntó Juan.

-¿Nosotros? Pues los ovejeros que tienen por pastos este Rim desde Black Butte hasta el territorio de los Apaches.

-Colter, yo aquí en Arizona soy forastero -dijo Juan lentamente-. Poco sé de vaqueros ni de ovejeras. No tengo la culpa de que mi padre se haya jactado ensalzando mis cualidades, pero sea como sea, si la razón le asiste en su enojo contra los que crían ovejas, contra ustedes, pues haré todo lo que pueda para cumplir sus jactancias.

-Comprendido. Sí, sí, usted y yo nos entendemos y esto es una ayuda. Y dígame a su padre lo que acabo de decirle -contestó Colter guiando su caballo hacia la izquierda- La senda del sur es el camino de usted. Cuando llegue al Rim verá en la Cuenca una mancha desnuda. Es el Valle Herboso.

Colter espoleó su caballo y desapareció a poco en el bosque. Juan apoyóse pensativo en su caballo. Parecía difícil ser justo con aquel hombre, no por su actitud arrogante, sino a causa de una sutil hostilidad que emanaba de él. Tenía Colter los rasgos duros, la astucia enmascarada y el habla que Juan había aprendido a relacionar con hombres infames. Aun dado el caso de que Juan no hubiera tenido prejuicios, aun sin saber nada de dos disgustos de su padre con los ovejeros, Colter tampoco le hubiera hecho buena impresión si sólo hubiese cambiado con él una mirada o un saludo casual.

-¡Caramba! -suspiró el joven-. ¡Adiós caza y pesca! Mi padre me da trabajo de hombre.

El grito de los pavos silvestres despertó a Juan a la mañana siguiente. No había mucha diferencia entre el cloqueo de un pavo salvaje y el de un pavo doméstico. Juan se levantó y, cogiendo el fusil, penetró en la oscuridad grisácea del amanecer para dar caza a los pavos. Mas había poca luz para poder encontrarlos y, cuando llegó el día, parecían haber desaparecido por completo. La acémila habíase alejado bastante del campamento y transcurrió algún tiempo hasta que el joven pudo alcanzarla. La preparación del desayuno y el arreglo de su equipaje retrasó aún más el momento de ponerse en marcha. En esta última etapa de su viaje procedía Juan con mayor lentitud. Estaba cansado de avanzar con premura; después de haber pasado largas semanas bajo un sol ardiente a través de la árida zona, sentía ahora un gran placer de hallarse en la frescura y el verdor de aquel bosque exuberante; deseaba recorrer lentamente aquel sombreado camino. Supuso que antes de la noche llegaría por fin al Rim.

Después de algunas horas, perdió la senda, pues ésta, siendo poco frecuentada, no se veía. De cuando en cuando cruzaba el joven otras sendas antiguas y, al penetrar más profundo en el bosque, veía en los lugares húmedos o polvorientos huellas de pavos, ciervos y osos. Sorprendióle la abundancia de huellas de osos. A poco percibió el acre olor de ovejas y pocos minutos después se halló ante una ancha senda recorrida por aquéllas. Por el aspecto de las huellas calculó Juan que el hatajo debió pasar por aquel sitio el día anterior.

Parecía despertarse en él una antipatía incomprensible. Naturalmente, tenía cierto prejuicio contra las ovejas y por eso le pareció poco razonable su antipatía. Mas, por otra parte, aquel hatajo había dejado tras de sí una estela ancha de terreno baldío en la que ya no se veía ninguna hierba, ninguna flor. Dondequiera que paciesen ovejas, quedaba destruida la hierba. Este hecho suscitaba sobre todo la antipatía de Juan.

Una hora más tarde encaminaba los pasos de su caballo hacia la cima de una ancha ladera que parecía un parque y donde la hierba verde y las flores abundaban. Los abetos crecían allí muy distanciados unos de otros; en el lejano bosque destacábanse los nudosos robles, y por encima de ellos, en lontananza, veíase una alba faja de nieve.

Advirtió Juan el ruido melodioso de las campanillas y el balido de las ovejas y corderos. Al dirigirse hacia el lugar de donde venía el rumor salióle al paso un perro, que se puso a ladrar. Percibió el joven a poco el humo de una fogata y después una pequeña tienda puntiaguda. Detrás de un soto de encinas tropezó Juan con un muchacho mejicano que llevaba una carabina. Tenía el chico un rostro simpático y contestó al saludo de Juan con un «buenos días». Juan sabía muy poco español y todo lo que pudo entender era que el muchacho no estaba solo allí y que aquélla era la época de la cría.

Esta última circunstancia se manifestaba muy ruidosamente. El bosque resonaba del incesante balido de los corderos. Alrededor del campamento, en la ladera, en los calveros, en todas partes había ovejas. Algunas ramoneaban, muchas estaban echadas en el suelo; la mayor parte de ellas criaban a blancos corderitos que se tambaleaban sobre sus tiernas patas. En todas partes vio el joven corderitos recién nacidos.

Juan se apeó de su montura y llevándola de la brida se dirigió al campamento, donde tenía alguna esperanza de encontrar a otro mejicano de más edad, del que tal vez podría obtener alguna información. El muchacho le acompañó. En aquel lado no se percibía tan fuerte el balido de las ovejas.

-¡Oiga! -exclamó Juan con voz alegre al acercarse a la tienda, y como no obtuvo ninguna respuesta, dejó su caballo y avanzó con paso lento, buscando al dueño de la tienda. De pronto sorprendióle una voz a su lado:

-Buenos días, forastero.

Una muchacha salió de detrás de un abeto. Llevaba un rifle. Tenía el rostro atezado, mas no era mejicana. Esto y la convicción de que la joven le había espiado desconcertó a Juan.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

